

LOS CAPITELAS BIZANTINOS LEONESES

POR

RAMÓN CORZO SÁNCHEZ

Real Academia de Bellas Artes. Santa Isabel de Hungría. Sevilla

RESUMEN

Se hace la réplica a una reseña publicada en el número anterior de esta revista. Se desarrolla la idea de que los capiteles bizantinos de las iglesias mozárabes pueden ser obras realizadas en época visigoda; el origen del taller estaría en la construcción del mausoleo del Chindasvinto en San Román de la Hornija, dónde se encuentran las obras más importantes de la serie y las de estilo más antiguo. Se hacen algunas puntualizaciones sobre los paralelos estilísticos de los capiteles, la falta de relación con otros rasgos de las iglesias mozárabes y la posible adscripción a una fase histórica más acorde con su calidad artística.

SUMMARY

This is an answer to a review published in the last number of *Archivo Español de Arqueología*. The author suggests that Byzantine capitals of Mozarabic churches could have been done and to be found at the mausoleum of Chindasvinto in San Román de Hornija where could be placed the original workshop. It is stated in detail the stylistic of capitals, the lack of relationship with other characteristics of Mozarabic churches and their possible assignment to an historical period more adequate to their artistic quality.

He leído la reseña publicada por E. Domínguez Perela, en el número anterior de esta revista, sobre mi libro *Visigótico y prerrománico* (Historia del Arte editada por Historia 16, Madrid, 1991). Me satisface que un texto destinado al gran público haya tenido tan rápido eco en la bibliografía científica, aunque los comentarios se refieren a un sólo tema, los capiteles bizantinos leoneses, y tienen un cierto tono de reproche, como si el autor de la reseña lamentara no haber encontrado en mis palabras ningún reflejo de sus pro-

pias ideas.

En cualquier caso, las facilidades que el Consejo de Redacción de *Archivo Español de Arqueología* ofrecen para la réplica, me permiten abordar aquí brevemente el tema de estos magníficos capiteles, al hilo de las puntualizaciones necesarias.

Mi opinión sobre los capiteles de estilo bizantino que hoy se conservan en muchas iglesias mozárabes y el resto de los que están dispersos por el territorio leonés y sus aldeaños, es que se trata de piezas fabricadas en época visigoda y que son consecuencia directa de la presencia de un maestro formado en ambientes bizantinos. Aunque el autor de la reseña parece aceptar en el texto estas dos premisas, deberé extenderme algo en su demostración, para precisar el sentido de mis argumentos y rechazar lo que no encuentro aceptable en la mencionada reseña.

La diferencia principal entre las conclusiones de Domínguez y mi texto, es que él cree necesario relacionar estas piezas con la época de Justiniano, entre otras razones por «sentido común», mientras que yo las vinculo con un taller, que se habría creado en el siglo VII, a partir de la construcción del mausoleo del rey Chindasvinto en San Román de Hornija.

Los argumentos de la reseña que comento concluyen con esa apelación al sentido común, tras haber vinculado a los capiteles bizantinos leoneses con la obra fundadora de San Martín de Braga, la política expansionista de Justiniano y su intento de controlar el que califica de etéreo reino visigodo; como apoyo arqueológico se refiere a los estudios de Schlunk sobre piezas gallegas de los siglos V y VI, en las que hay ciertas influencias orientales. Esta aproximación de influjos es muy

forzada en fechas y lugares, y no puede ser admitida más que como una posibilidad de contactos puntuales, de los que, en ningún caso, podría haberse sobrevenido una transferencia de artistas y de estilos decorativos.

La situación de Galicia durante el obispado de San Martín era de guerra permanente contra los visigodos¹; Miro, el monarca suevo de la región, era un buen católico, pero no excesivamente ilustrado, puesto que sus ministros le debían leer las cartas de San Martín, que él no entendía; la política de alianzas entre suevos y bizantinos, que se amplió después por el apoyo de ambos a Hermenegildo contra Leovigildo, era una consecuencia del tratado militar establecido por Atanagildo con Justiniano, pero esta relación dió lugar a múltiples batallas en las que habría poco espacio para la promoción de las artes y los intercambios culturales². Cuando la presencia bizantina en la Península se estabilizó y permitió ciertas obras constructivas habían pasado varios años de la muerte de San Martín, de la del rey Miro y del sometimiento definitivo del estado suevo al visigodo, pero ni aún en este período, ni en las zonas de mayor permanencia bizantina se registra nada de arte comparable al de los capiteles leoneses.

Pueden repasarse las crónicas de aquella época en busca de una prueba de contactos culturales; desde luego, la cita que hace Domínguez de normas orientales contenidas en los cánones de los concilios de Braga debe ser matizada. El texto más reciente al que se acoge como prueba de este orientalismo es la obra de M. Sotomayor, *La iglesia en la España romana*, primera parte del libro dirigido por R. García Villoslada, *Historia de la Iglesia en España*, volumen I, Madrid, 1979; se refiere Sotomayor, efectivamente, a la inclusión por San Martín de cánones de concilios griegos, y también del I de Toledo, en los *Capitula Martini*, pero tras explicar que lo que se refleja en sus obras es el nacimiento del santo en Panonia y su «formación filosófica estoica, sus grandes conocimientos de la disciplina eclesiástica y de la as-

cética monacal del Oriente»³; en ningún momento se afirma que San Martín mantuviera un contacto directo con la Iglesia oriental durante su obispado en Braga.

En otros lugares, añade Sotomayor que los cánones de Braga y los *Capitula Martini* expresan en las disposiciones de reorganización litúrgica «un decidido propósito de acomodar sus ritos a los de la Iglesia de Roma», todo ello como continuidad de los contactos que se reflejan ya en la carta dirigida en el 538 por el Papa Vigilio al obispo Profuturo de Braga, y que proceden de las intensas relaciones de Galicia y Roma durante la crisis priscilianista⁴. La organización litúrgica, que sería, a nivel práctico, la que mayor influjo podría tener en las formas constructivas, seguía las normas de Roma, y se habría manifestado, en todo caso, por la introducción en Galicia de elementos artísticos romanos más que bizantinos.

Creo que la interpretación del bizantinismo en la sede bracarense que hace Domínguez es poco rigurosa y trastorna la realidad de las fuentes y de la bibliografía de forma caprichosa. Bien podría suponerse que San Martín hubiera querido trasladar a su diócesis gallega algo del esplendor que en Oriente se destinaba a los edificios sagrados, pero no se dieron en su época condiciones políticas y económicas favorables. La estructura de la población en la Galicia sueva mantuvo el sistema disperso de los castros indígenas, como se manifiesta en la conservación de apelativos gentilicios para las iglesias enumeradas en el Párrafo suevo⁵; por esta razón, y por que es una referencia común y generalmente admitida, digo en el libro que se me ha reseñado, que en el Noroeste se pasó de la cultura de los castros al románico, lo que no sé porqué suscita la sorpresa y la confusión de Domínguez.

En cuanto a los elementos arqueológicos mencionados por Domínguez para confirmar una influencia bizantina antigua en el arte cristiano gallego, su recurso a extraer y entrecomillar a ca-

¹ J. Orlandis: *La España visigótica*, Madrid, Gredos, 1977, p. 99 ss.

² Una visión reciente sobre el carácter fronterizo de la zona puede verse en L. A. García Moreno, «Zamora del dominio imperial romano al visigodo. Cuestiones de Historia militar y geopolítica». *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, t. 2, Zamora, 1990, p. 455 ss.

³ M. Sotomayor y Muro: «La Iglesia en la España romana», en *Historia de la Iglesia en España* dirigida por R. García Villoslada, t. I, Madrid, 1979, p. 394.

⁴ M. Sotomayor: *Op. cit.*, p. 399.

⁵ P. C. Díaz Martínez, «El territorio de la actual provincia de Zamora en el contexto de la antigüedad tardía (siglos IV-VI)». *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, t. 2, Zamora, 1990, p. 374 ss.

pricho el texto de Schlunk en las Actas de Coloquio del bimilenario de Lugo es inaceptable. La interpretación que hizo Schlunk, en una de las frases que Domínguez evita copiar es: «Las noticias que tenemos sobre los viajes de obispos y eclesiásticos al Norte de África y a la Tierra Santa, tienen su contrapartida en el campo artístico», lo que le sirve para apostillar que muchas piezas paleocristianas encontradas en Galicia pueden ser importaciones⁶. Esto se refiere a obras del siglo V, no específicamente bizantinas, ni de la época de Justiniano, y, en ningún caso, a una presencia de artistas orientales que formaran allí un taller.

El sarcófago de Ithacio, que Domínguez califica de «tan bizantino que se supone importado», invocando la autoridad de Schlunk, en realidad, es relacionado por este autor en el artículo citado por Domínguez con el arte del sur de Francia y de Rávena. Con mayor exactitud, en otra obra posterior de Schlunk, que Domínguez no menciona, se da esta definición de la pieza: «difiere, en la forma, de los de Rávena, de los que se aparta levemente en el estilo, pero, no obstante, se halla emparentado con los sarcófagos simbólicos de esta ciudad, por lo que habría que suponer quizá la presencia de intermediarios en el sur de Francia»⁷.

Una vez aclarado que la conexión propuesta por Domínguez entre los capiteles bizantinos leoneses y la Galicia de San Martín de Braga, está forzada a base de ignorar los textos y torturar la bibliografía, dedicaré las siguientes consideraciones a los datos que me parecen más firmes sobre el estilo y la datación de estas obras.

PRECEDENTES DEL ANALISIS ESTILISTICO

Los problemas que plantea la serie leonesa de capiteles bizantinos deben estudiarse de forma extensa, junto a otros restos de ornamentación ar-

⁶ H. Schlunk, «Los monumentos paleocristianos de "Gallaecia", especialmente los de la provincia de Lugo», *Actas del Coloquio Internacional sobre el Bimilenario de Lugo*, Lugo, 1977, p. 204.

⁷ H. Schlunk: «Las conexiones históricas del cristianismo hispánico a través de la iconografía», *IX Symposium de Prehistòria i Arqueologia Peninsular*, Barcelona, 1983, p. 69.

quitectónica, los edificios y las ruinas en que se encuentran y las fuentes históricas. He ofrecido en el libro, cuya reseña suscita estas páginas, una aproximación personal a este análisis; la exposición definitiva y las conclusiones ajustadas deben esperar, sin embargo, hasta que progrese el conocimiento arqueológico con la publicación de las últimas excavaciones y restauraciones, por lo que no debe apremiarse una resolución completa. Si apunté en mi libro algo de lo que considero más urgente revisar, fue porque no resulta ya conveniente eludir el planteamiento de ciertas incongruencias y parece honesto comprometerse en una hipótesis aclaratoria. Ya que la reseña que motiva esa réplica se limita a consideraciones sobre la clasificación de los capiteles, no sobrepasaré tampoco ese campo por el momento.

Se encuentran estos capiteles cumpliendo su función constructiva en una serie de iglesias de las provincias de León, Valladolid y Santander, y también como piezas sueltas de edificios arruinados. Gómez Moreno fue el primero en tratar sobre ellos con detalle en su libro *Iglesias mozárabes*, Madrid, 1919, escrito al hilo de las investigaciones de Simonet, y lleno de novedades documentales que daban cuerpo histórico a la labor fundadora de los monjes emigrados de Córdoba a comienzos del siglo X; sistematizó también Gómez Moreno un buen número de piezas arqueológicas dispersas a las que dio tratamiento homogéneo y una primera catalogación moderna, hasta crear un capítulo nuevo de la Historia del Arte español en territorios cristianos. Ya que la gran innovación histórica en aquel momento era el reconocimiento del fenómeno de la emigración mozárabe, éste fue también el referente de su catalogación arqueológica.

Gómez Moreno mantuvo con plena autoridad sus conclusiones en 1951, al redactar el tomo III de *Ars Hispaniae*; la generalidad de los autores posteriores las han aceptado y han empleado su mismo orden de exposición; para alterarlo sería necesario tener su amplia visión y dominio sobre la Historia y el Arte españoles, y, también, haber recorrido, como él lo hizo, todos y cada uno de los monumentos y haber leído sus documentos. A pesar de ello, se han realizado revisiones parciales y, sobre todo, se han efectuado restauraciones y nuevos hallazgos, que transforman bastante el primer planteamiento, pero siguen siendo muy

importantes las dificultades para una presentación renovada de toda la cuestión⁸.

Con autonomía de investigación personal, y con una bien medida prudencia, acometió el profesor Helmut Schlunk una serie de nuevos estudios que tocaban, cuando era necesario, lo dicho por Gómez Moreno. Schlunk demostró, con el análisis minucioso de algunas piezas, que la relación de la Península Ibérica y el Oriente cristiano había sido muy importante desde el siglo IV y que había originado la presencia aquí de estilos y formas iconográficas que no se daban en el resto del cristianismo occidental⁹. En lo tocante a capiteles, demostró que una pieza de Toledo y otra de Bamba (Valladolid), eran obras bizantinas del siglo V, en las que se encontraban los precedentes directos de la serie leonesa¹⁰. Dejó abierta la explicación de cómo habría resurgido este estilo en el siglo X, sin abordar los problemas históricos, pero señalando con claridad que no encontraba nada parecido en el arte islámico español o de otras regiones. En su opinión, era necesaria la revisión de todo el problema: «Eine genaue Vorlage und Analyse der mozarabischen Kapitelle der Halbinsel beibt ein Desiderat der Forschung»¹¹.

En los recientes trabajos de Sabine Noack, dedicados exclusivamente a los capiteles, hay nuevos elementos de comparación con modelos bizantinos y visigodos, aunque siempre, con la reserva obligada por la reconstrucción histórica de Gómez Moreno¹²; tanto Schlunk como Noack,

han buscado algunos detalles específicos que podrían corroborar la datación de la serie leonesa en el siglo X, y son, en cualquier caso, mucho menos claros y numerosos que los que la vinculan con el arte visigodo del siglo VII. Es conveniente hacer algunas reflexiones sobre estos trabajos, no con la pretensión de dar soluciones definitivas, sino para enumerar los problemas que requieren soluciones más satisfactorias, antes de que pueda considerarse cerrada la investigación.

De entrada, hay que considerar con ciertas reservas cualquier estudio que se refiera exclusivamente a los capiteles; por ese camino sólo puede alcanzarse una clasificación estilística de las propias piezas, y de ello es buen ejemplo el trabajo de S. Noack, pero hay claras dificultades para compaginar esta evolución estilística con otros elementos del problema. Cuando nos encontramos ante piezas arquitectónicas de excelente calidad, debemos suponer unas circunstancias históricas, unas técnicas de construcción y una composición de plantas y alzados de calidades equivalentes, al menos, en su complejidad estilística. Los capiteles bizantinos leoneses aparecen asociados, en su mayor parte, a edificios de orígenes humildes, construidos con materiales pobres y mal aparejados, en los que abundan los reaprovechamientos de piezas expoliadas de edificios anteriores, y cuyo desarrollo arquitectónico sigue las pautas estilísticas de modelos islámicos andaluces, en los que la ornamentación siguió vías muy distintas.

Del mismo modo el análisis de la serie de los capiteles, buscando exclusivamente sus paralelos formales más exactos, puede inducir a conclusiones erróneas. Sirva de ejemplo la afirmación de Gómez Moreno¹³, recogida también por Noack¹⁴, y muy destacada por Domínguez, de que los capiteles con una cara sin labrar, para ser adosados tangencialmente a los muros, responden a conceptos ajenos y desconocidos en la arquitectura visigoda; bien es cierto que esto no se ha documentado aún con claridad para capiteles visigodos de orden corintio, pero hay construcciones visigodas, en la que todas las columnas son tangenciales a los muros y los capiteles es-

⁸ El empeño más importante en este sentido ha sido el de J. Fontaine en *L'art mozarabe. L'art préroman hispanique*, 2, Yonne, 1977, con la aportación de apreciaciones personales en las que se coordinan los datos arqueológicos y los documentales.

⁹ H. Schlunk inició esta línea de investigaciones con «Observaciones en torno al problema de la miniatura visigoda», *AEspArte*, 71, 1945, p. 241 ss. y amplió sus consideraciones y descubrimientos en múltiples trabajos, de los que el citado en la nota 7 es su última aportación.

¹⁰ H. Schlunk: «Byzantinische Bauplastik aus Spanien», *Madrider Mitteilungen*, 5, 1964, p. 240 ss.

¹¹ H. Schlunk: «Entwicklungsläufe der Skulptur auf der Iberischen halbinsel vom 8. bis 11. Jahrhundert», *Kolloquium über frmittelalterliche Skulptur*, 1972, p. 131.

¹² S. Noack: «Typologische Untersuchungen zu den mozarabischen Kapitellen von San Cebrián de Mazote (Prov. Valladolid)», *Madrider Mitteilungen*, 26, 1985, p. 314 ss. y «Capiteles mozárabes», *Coloquio Internacional de Capiteles Corintios Prerrománicos e Islámicos (siglos VI-XII d. C.)*, Madrid, 1990, p. 37 ss.

¹³ M. Gómez Moreno: *Iglesias mozárabes*, Madrid, 1919, p. 184.

¹⁴ S. Noack: «Capiteles...», *loc. cit.*, p. 38.

tán labrados sólo por tres de sus caras. En San Pedro de la Nave (Zamora), los seis capiteles figurados tienen la cara posterior lisa, aparte de otro capitel menor y una pareja labrada en un sólo bloque, que se encontraron reaprovechados en los muros y que ofrecen las mismas características¹⁵; ello demuestra que el sistema fue conocido y empleado en época visigoda, precisamente en la misma zona en la que se encuentran los capiteles leoneses, aunque en obras de distinto estilo decorativo.

PARALELOS VISIGODOS, ISLÁMICOS Y BIZANTINOS

El estudio de S. Noack sobre algunos de los capiteles conservados en San Cebrián de Mazote, proporciona un repertorio muy amplio de paralelos de época visigoda para la mayoría de los elementos; ésto hace innecesario abordar aquí la cuestión, puesto que parece bien demostrado, que muchos rasgos de estos capiteles se conocían en España desde los siglos V al VII. Sí parece conveniente comentar los que se han propuesto hasta el momento como rasgos que conectan a la serie leonesa con las obras islámicas o con las bizantinas de época media.

Así, Schlunk, resaltó, de forma muy atinada, la presencia en algunos capiteles de la serie leonesa de unas profundas perforaciones a trépano, tanto en los extremos de líneas y filetes, como en los arranques de los nervios de las hojas, que ya había observado Félix Hernández en capiteles islámicos cordobeses¹⁶; la observación resulta válida como semejanza técnica entre obras de fechas distintas y de estilos también diferentes, lo que puede indicar unos prototipos comunes, pero no asegura que los capiteles leoneses y los cordobeses sean contemporáneos, ni siquiera que esta forma de trabajar haya sido tomada de unos por otros, sino, como expresa el propio Schlunk, de unos modelos comunes, que no se conocen en el mundo islámico. En capiteles visigodos de Sevilla se observa también este empleo de perforaciones, a veces como forma ornamental, que puede

imitar a lo bizantino, pero también como sistema para acusar los extremos de las líneas; por el momento, no puede desecharse un origen visigodo para este recurso técnico.

La comparación de S. Noack, del motivo en «8» de algunos capiteles de San Miguel de Escalada y de Santa María de Liébana, que fecha entre los años 920 y 940, con una capitel cordobés del último cuarto del siglo X, no implica, en principio, sino que el autor del capitel islámico se ha podido inspirar en los leoneses, o en unos antecedentes comunes. Podría estudiarse con especial atención un capitel «tardío» de Mérida, que emplea el mismo motivo en las caras de sus grandes hojas angulares; esta pieza mezcla un tratamiento vegetal semejante al estilo de los leoneses más recientes, con rasgos visigodos, como el tallo de arranque de las hélices, y es, sin duda alguna, anterior al siglo VIII¹⁷.

Dudas semejantes se plantean ante las fechas de los paralelos bizantinos de la serie leonesa. S. Noack señala la semejanza de la palmeta de ápices rizados que sustituye a la flor del ábaco en capiteles de Mazote con otras de un capitel corintizante del siglo X en el museo de Brussa¹⁸; el parecido entre ambos temas es aceptable, pero no se entiende cuál puede ser su relación estilística, puesto que en la pieza de Mazote el tema está bien enmarcado, cómo si se hubiera diseñado para este sitio, mientras que en la bizantina, no es más que una forma de rellenar un espacio vacío; el capitel bizantino corresponde a una tipología y un estilo que parte del siglo VI, sin que Kautzsch le atribuya a una fecha exacta en su catalogación¹⁹, mientras que el de Mazote es de mejor arte y por su fidelidad a la estructura del capitel corintio debe ser considerado más cercano al posible prototipo común.

Las piezas decorativas bizantinas que ofrecen una mayor proximidad estilística con la serie de capiteles leoneses se encuentran en el monasterio de Constantino Lips de Constantinopla, tal y como ha señalado S. Noack²⁰; tanto el tipo de labra como los motivos ornamentales están directamente em-

¹⁵ R. Corzo Sánchez, *San Pedro de la Nave*, Zamora, 1986, p. 121 ss.

¹⁶ H. Schlunk: «Entwicklungsläufe...», *loc. cit.*, p. 131.

¹⁷ S. Noack: «Capiteles...», *loc. cit.*, p. 41; J. L. de la Barrera, *Los capiteles romanos de Mérida*, Badajoz, 1984 núm. 82.

¹⁸ S. Noack: «Capiteles...», *loc. cit.*, p. 39.

¹⁹ R. Kautzsch: *Kapitellstudien*, Berlín, 1936, p. 207.

²⁰ S. Noack: «Typologische...», *loc. cit.*, p. 338.

parentados, pero las deducciones de esta relación estilística han de hacerse con cierta prudencia.

Ante todo, la decoración arquitectónica de los tiempos de la dinastía macedónica es la peor conocida de todo el arte bizantino, con muy escasas muestras mal documentadas²¹; se dice que este período corresponde a un «renacimiento clasicista», precisamente por el regreso a formas de la época de Justiniano, que podría verse en el estilo decorativo del monasterio de Constantino Lips en la Fenari Isa Camii. Si nos atenemos a los datos históricos este monasterio se consagró en el año 908, aunque su estilo ornamental podría proceder de la Iglesia Nueva del Palacio Imperial, que se concluyó en el año 880 o de la de Santa María en el Faro, quizás del año 864, aunque de la decoración de estas últimas no se ha conservado nada. En cualquier caso, si éste fuera el origen del estilo de los capiteles leoneses, se habría transmitido con gran rapidez hasta España y habría llegado directamente al Valle del Duero, puesto que no existe margen cronológico para su introducción en la Córdoba musulmana y un posterior traslado por los monjes mozárabes en la primera década del siglo X, con unas características propias perfectamente desarrolladas.

C. Mango ha mostrado una cierta reserva sobre la valoración de esta decoración²², después de que los trabajos de restauración de la Fenari Isa Camii han permitido precisar que gran parte del mármol empleado procedía del saqueo de un cementerio y que las ocho impostas de las pilastras que rodean el espacio central son capiteles del siglo V partidos por la mitad. Parece que mientras

la ornamentación en mármol puede ser reutilizada, lo auténticamente original de la época es el empleo de la taracea de mármol combinada con los alicatados de cerámica esmaltada, que indican la aceptación de influjos musulmanes²³.

Mientras que la decoración labrada en mármol, representaría un renacimiento de estilos bizantinos anteriores, parece que el arte del llamado período bizantino medio muestra una clara vinculación directa en otros aspectos con lo musulmán, que nada tiene que ver con los capiteles leoneses. Krautheimer²⁴ ha señalado el contacto de la arquitectura palatina de ambas culturas y la coincidencia de la concepción espacial y las formas ornamentales de Medina Azahara con el Gran Palacio de Constantinopla, pero nada se encuentra en el arte califal que haya podido relacionarse con los capiteles leoneses, como subrayaron repetidas veces Gómez Moreno y Schlunk.

Frente a esto, son muy numerosos los contactos entre los capiteles visigodos conocidos y los leoneses atribuidos a época mozárabe. Creo que el problema mayor de la relación entre ambos se encuentra en la falta de un estudio pormenorizado de la evolución estilística de los capiteles visigodos, cuyos conjuntos más notables, como el de la Mezquita de Córdoba, carecen de una sistematización satisfactoria²⁵.

Si aceptamos como punto de partida la clasificación estilística de los capiteles leoneses realizada por Noack, debemos considerar que en el grupo de las iglesias de Hornija, Mazote y Sahagún, está la primera fase del estilo, y, por tanto,

²¹ R. Krautheimer: *Arquitectura paleocristiana y bizantina*, Madrid, 1984 (trad. de la tercera edición revisada de Roma, 1981), p. 411: «Hablar de renacimiento en la arquitectura bizantina del Período Medio es más tentador cuando se mira su decoración. Preciso es reconocer que nuestro conocimiento en este terreno es lamentablemente limitado: cronológicamente, puesto que desde los siglos IX y X la ornamentación es, con pocas excepciones, desconocida; topográficamente, dado que es poca la ornamentación que se ha conservado en Constantinopla o en las provincias más pobres tales como Asia Menor o sus islas dependientes. En Grecia, en cambio, donde el material es abundante y en parte se conserva *in situ*, la decoración no ha sido lo bastante estudiada para que se pueda elaborar una cronología.»

²² C. Mango y E. J. W. Hawkins: «Additional finds at Fenari Isa Camii, Istanbul», *Dumbarton Oaks Papers*, 22, 1968, p. 177 ss.

²³ C. Mango: *Arquitectura bizantina*, Madrid, 1975, p. 203.

²⁴ R. Krautheimer: *Op. cit.*, p. 407 ss.

²⁵ Es evidente la indefinición que se aplica genéricamente a los capiteles cordobeses, a pesar de la recopilación de E. Camps Cazorla en el vol. III de la Historia de España dirigida por Menéndez Pidal, sin que se pueda determinar una clara evolución estilística como indican ya H. Schlunk y Th. Hauschild, *Hispania antiqua, Die Denkmäler der Frühchristlichen und westgotischen Zeit*, Mainz, 1978, p. 61. La tipología de P. Cressier, «Les chapiteaux de la grande mosquée de Cordoue (oratoires d'Abd ar-Rahman I et d'Abd ar-Rahman II) et la sculpture de chapiteaux à l'époque émirale», *Madriider Mitteilungen*, 25, 1894, p. 216 ss., sirve para diferenciar lo visigodo de lo emiral, pero no entra en los problemas internos de la serie visigoda ni marca distinción entre los grupos tipológicos formales y la evolución estilística.

los caracteres más cercanos a los prototipos originales; entre ellos, una buena parte son formas empleadas en el arte visigodo, que no se conocen por el momento en el arte bizantino. Tanto en Hornija como en Mazote se reconoce la existencia de capiteles visigodos reutilizados que podrían haber servido de modelo, pero hay rasgos muy bien definidos, como el contario que recorre el labio del cálato o el relleno del espacio entre las volutas y las hélices con líneas quebradas paralelas, que se muestran en los capiteles de Sahagún²⁶ y en piezas visigodas de Córdoba y Sevilla, sin que pueda explicarse cuál ha sido la forma de transmisión²⁷.

Queda hasta el momento sin aclaración la existencia de una influencia bizantina nueva y directa sobre Córdoba en el siglo IX que haya sido transportada por los monjes mozárabes hasta el Valle del Duero; el único capitel andaluz de la serie, existente en el Museo de Málaga²⁸, ofrece también un rasgo típicamente visigodo, como es la sarta de perforaciones a lo largo del nervio central de las hojas, que se conoce tanto en Sevilla como en Córdoba en el siglo VII, pero no se da en capiteles emirales ni califales. Esta misma pieza, que Noack sitúa en la tercera fase de la evolución estilística de los capiteles leoneses, indica un contacto entre el Valle del Duero y la costa malagueña, que resulta más viable en época visigoda que en el siglo X.

Finalmente, la interpretación de la evolución estilística de estos capiteles, no se concilia bien con lo que parece deducirse de la documentación escrita o de otros caracteres artísticos de las iglesias mozárabes. Ya señala S. Noack las correcciones que deberían hacerse en la cronología de fundaciones mozárabes propuesta por Gómez Moreno, si se admite su propuesta de tres fases estilísticas en los capiteles; esto debería acompañarse de alguna base documental nueva o de una interpretación distinta de lo conocido. Otros rasgos arquitectónicos, como la evolución de los modillones, hacen situar a Escalada, que para Noack corresponde con la segunda fase, en el primer momento de formación del estilo mozárabe; parece, además, que los modillones de San Millán

de la Cogolla son los más cercanos a los prototipos cordobeses, mientras que sus capiteles serían los más tardíos²⁹. El descubrimiento en la restauración de Mazote de bóvedas de cascos como las de Peñalba, relaciona a estas dos iglesias, que por sus capiteles estarían muy alejadas.

SAN ROMÁN DE HORNIIJA

El problema de la datación de los capiteles de estilo bizantino leonés debe interpretarse a partir de las obras que pueden considerarse más antiguas. Según Noack, el estilo se formaría en Hornija y Mazote, para continuar, a través de Sahagún con San Miguel de Escalada³⁰. Ello implicaría que los primeros trabajos del taller, en los que se produciría la aportación de elementos bizantinos sobre precedentes visigodos, y que darían lugar a las obras más variadas y numerosas, y de mayor calidad artística, se habrían realizado en dos monasterios sin apenas trascendencia histórica. Hornija sólo aparece en un documento antiguo como dependencia de San Salvador de Tuñón, y Gómez Moreno duda de la autenticidad de la cita³¹; Mazote, debe ser el primer lugar de residencia de la comunidad mozárabe cordobesa que fundó en el año 916, con el abad Martín a la cabeza, el monasterio de Castañeda³². En San Pedro de Montes y en San Martín de Castañeda, los dos grandes monasterios de los que Hornija y Mazote son dependencias menores, no se conocen capiteles de este tipo, lo que resulta más inexplicable si se observa que están mucho más cerca de

²⁹ Además, el estilo ornamental de los modillones mozárabes sí ofrece rasgos de contacto con el arte musulmán, unidos a supervivencias visigodas, pero sin relación alguna con el estilo y la evolución de los capiteles; L. Torres-Balbás, «Los modillones de lóbulos. Ensayo de análisis de la evolución de una forma arquitectónica a través de dieciséis siglos», *AEspAA*, 1936, p. 120 ss. Para creer que tanto los capiteles como los modillones pertenecen a la misma época, habría que pensar que se deben a cuadrillas distintas de artesanos que siguieron una evolución estilística diferente, pese a su coincidencia casi sistemática en muchas edificaciones y sin que, en ningún caso, se hubieran dejado influir entre sí. Yo prefiero pensar que fueron realizados en épocas distintas.

³⁰ S. Noack: «Capiteles...», *loc. cit.*, p. 40.

³¹ M. Gómez Moreno: *Op. cit.*, p. 186.

³² *Ibidem.*, p. 173.

²⁶ M. Gómez Moreno: *Op. cit.*, lám. LXXVI y LXXVII.

²⁷ P. Cressier: *Op. cit.*, lám. 82.

²⁸ S. Noack: «Capiteles...», *loc. cit.*, p. 42.

las canteras del Bierzo, en las que debieron producirse.

Hornija y Mazote están en Tierra de Campos, una comarca fronteriza entre cristianos y musulmanes desde la segunda mitad del siglo IX y de tardía repoblación, hasta el punto de que Gómez Moreno sólo se explica que estas iglesias no fueran destruidas por Abderramán III o por Almanzor, por que sus enclaves pasaran desapercibidos a los musulmanes. Aunque esto fuera así, queda sin justificar que en una zona tan desprotegida se emprendieran tales empresas artísticas, con un coste económico mucho más elevado que el que podría deducirse de las obras mozárabes bien documentadas, como San Miguel de Escalada, que contaron con el apoyo de reyes y de obispos³³.

En San Román de Hornija, si se admite que los capiteles leoneses corresponden a una obra de mozárabes cordobeses, tendríamos que pensar que éstos, no sólo superaron todo lo que se hacía en su tiempo en la sede regia y en los mayores monasterios del nascente reino de León, sino que proporcionaron un extraordinario realce a los restos de época visigoda que se conservaban desde que el rey Chindasvinto eligió este lugar para su enterramiento. Tanto Gómez Moreno como Noack, han considerado la existencia en Hornija de varios capiteles visigodos, del mismo material y con rasgos comunes a los que consideran mozárabes, pero siempre de inferior calidad que éstos.

Es también especialmente significativo, que la descripción de Hornija en el siglo XVI, recogida de Ambrosio de Morales por Gómez Moreno, en las páginas antes citadas, permitía deducir al cronista de Felipe II, que lo que se había conservado allí era el sepulcro de Chindasvinto, tal y cómo se describe en la crónica del siglo VIII, atribuida entonces a San Ildefonso, con todos sus elementos arquitectónicos en pie, y el sepulcro del rey visigodo en sitio preferente. Cuando Morales hablaba de «obra gótica», no podía referirse al estilo que hoy conocemos por este nombre, ya que el término se ha acuñado mucho después, sino a «obra de época de los godos»; aquella iglesia de planta central, «con su cruzero de cuatro brazos», consagrada al culto de Chindasvinto, parece un argumento muy decisivo para creer que todo lo

que hoy conocemos en Hornija es obra digna de un rey visigodo más que de unos anónimos y humildes frailes mozárabes de época indeterminada.

A la vista de que los paralelos señalados hasta la fecha para los capiteles leoneses en la arquitectura islámica y en la bizantina de los siglos IX y X, son poco satisfactorios y de la estrecha relación de material, temas y estilo entre los capiteles visigodos de Hornija y los que se consideran sus derivaciones de época mozárabe, en unas circunstancias históricas muy oscuras, prefiero proponer que toda la serie leonesa se inició precisamente aquí, y que su estímulo fue la presencia de artistas convocados a la construcción del mausoleo real de Chindasvinto, una obra que ya en el siglo VIII se reconocía como «monumento magno».

La consecuencia de esta propuesta sería una revisión general de la arquitectura mozárabe en la que se considere la posibilidad de que muchos elementos ornamentales correspondan a la reutilización de obras visigodas; el uso de material de acarreo en Mazote o en Escalada es evidente y ha sido reconocido por todos los investigadores. Los ocho mejores capiteles de Mazote, dispuestos sobre fustes de distintas procedencias y tamaños, que soportan arcos de dimensiones desproporcionadas, no pueden admitirse como obras hechas de una vez y para el lugar en el que hoy se encuentran colocados³⁴. Una parte de los capiteles del pórtico de Escalada, concebidos para ser adosados a un muro y no exentos, hacen pensar que los capiteles producidos por los mozárabes eran ya reutilizados a los pocos años de su primera co-

³³ *Ibidem.*, p. 141.

³⁴ La combinación de capiteles y cimacios en los capiteles de San Cebrián de Mazote designados N2 y S2 de la clasificación de Noack («Typologische...», *loc. cit.*, p. 321 ss), es un caso sorprendente y único, ya que este cimacio independiente tiene la estructura de un ábaco postizo, como le llamó Gómez Moreno. Estas piezas se comprenden mejor si se piensa que han podido ser fruto de la adaptación sobre capiteles con ábaco plano de los ábacos de otros capiteles menores, para obtener la altura necesaria en la composición de las columnas. Existen en la misma iglesia capiteles con ábacos idénticos a estos pretendidos cimacios (los designados N6 y S9 por Noack) y otros del mismo estilo a los que se les ha cortado el ábaco (S10 y pila de Noack). Estas adaptaciones parecen ser la verdadera obra de mozárabes sobre una serie que Schlunk consideraba imitación precisa de capiteles bizantinos del siglo V.

locación³⁵, lo que tampoco parece muy admisible.

En el libro reseñado por Domínguez, he propuesto algunas hipótesis que permitirían conciliar lo que parecen reutilizaciones de piezas visigodas con lo que podría ser la auténtica obra de los monjes mozárabes. En esta interpretación hay que atenerse a lo que se vaya dando a conocer por nuevas restauraciones; estimo que las resoluciones más firmes sólo podrán obtenerse con excavaciones meticulosas y con nuevos levantamientos de planos de todas las iglesias conservadas, aparte de que algún descubrimiento fortuito proporcione un dato aclaratorio, y, en tanto ésto se produzca, cada uno debe avanzar sus hipótesis en lo que sea posible. Se ha hecho una propuesta similar, para aclarar, desde el punto de vista histórico, la aparente continuidad entre los monasterios visigodos y los mozárabes, lo que explicaría también las relaciones estilísticas que se señalan entre ambas épocas³⁶.

ACLARACIONES A UNA RESEÑA

En el terreno de las consideraciones arqueológicas y estilísticas, creo que he expresado suficientemente las razones de mi hipótesis sobre los capiteles leoneses, que ha sido objetivo de la reseña de Domínguez. Aclarada mi posición, bien es justo y obligado que responda al tono y al contenido de algunas críticas de la mencionada reseña, que se apartan de nuestro tema principal y han de tratarse con brevedad e independencia.

En varias ocasiones insiste Domínguez en considerar hipotética la existencia del mausoleo de Chindasvinto en San Román de Hornija. Aparte de mi opinión concreta sobre la posible conservación allí de los restos del monarca, la exis-

³⁵ S. Noack: «Capiteles...», *loc. cit.*, p. 40, parece pensar que los capiteles del pórtico de Escalada se habrían trasladado desde San Pedro de Eslonza; puesto que propone también aproximar la cronología, sería necesario que este último se hubiera construido hacia el año 920, se hubiera abandonado y arruinado y se hubieran reaprovechado sus materiales antes del 930; una sucesión tan rápida de obras y abandonos parece poco probable y no tiene ningún apoyo documental.

³⁶ A. González Blanco: «La cristianización de Zamora», *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, t. 2, Zamora, 1990, p. 288.

tencia del mausoleo no es una presunción infundada y aparece expresada así en toda la bibliografía. En el libro de Gómez Moreno sobre las Iglesias mozárabes, que Domínguez afirma haber leído con mayor atención que otros, se encuentra, al fin de la página 185. el siguiente párrafo: «...dícese que Chindasvinto murió fuera de Toledo, año 653, y que fue sepultado en el monasterio de San Román de Hornisga, junto al río Duero, que él había edificado desde sus cimientos; y que yacía dentro de la misma iglesia, en un gran sarcófago con frontispicios puntiagudos por sus cuatro frentes...». El «dícese» de Gómez Moreno, no es tampoco una cita sin fundamento, ya que traduce el texto de la *Continuatio Hispana* que se recoge así en la nota 1 de la misma página y el mismo libro: «*Cindasvinthus... extra Toletum pace obiit, in monasterioque sci. Romani de Hornisga secus fluvium Dorii, quod ipse a fundamento aedificavit, intus ecclesiam ipsam in cornuto per quator partes monumento magno sepultus fuit.*»

Aunque no se conoce el autor ni la fecha exacta de redacción de esta continuación de la *Historia Gothorum* de San Isidoro, se acepta su proximidad a los hechos narrados en poco menos de un siglo y su fiabilidad, hasta el punto de que J. Orlandis la define como principal fuente histórica para los últimos ochenta años del Reino visigótico³⁷. La cita es muy precisa al afirmar que Chindasvinto había hecho desde sus cimientos el monasterio de San Román de Hornija, donde fue sepultado en un gran monumento, lo que impide suponer que la tumba se colocara en una iglesia existente de antiguo.

Domínguez sugiere la preexistencia de la iglesia para dar justificación a la teoría de que los capiteles bizantinos leoneses se deben al patronazgo constructivo de San Martín de Braga en el siglo VI, pero muy grandes tendrían que haber sido los esfuerzos del santo para promover este arte, hasta traspasar en época de guerra abierta con los visigodos la línea de sus defensas frente a los suevos, que formaban un auténtico *limes* a lo largo de toda la provincia de Zamora³⁸.

Hay otras críticas de Domínguez que poco me corresponde rebatir, ya que no se refieren a mis hipótesis personales sino a conocimientos gene-

³⁷ J. Orlandis: *Op. cit.*, p. 10.

³⁸ L. A. García Moreno: *Op. cit.*, p. 463.

ralmente admitidos, de los que él no aporta ningún argumento en contra. Así, cuando me reprocha que no catalogue como piezas romanas un capitel de San Juan de Baños y otro de la calle Corral del Rey de Sevilla, es necesario recordarle que hay una larga unanimidad de autores que los estudian como obras visigodas del siglo VII, el más reciente de ellos el profesor Hauschild³⁹ en su comunicación a un coloquio en el que participó Domínguez, en la que reproduce, precisamente, las mismas fotografías que yo he empleado a partir de otra publicación suya anterior. Yo me he limitado a transcribir lo que considero estudios bien fundamentados y de seriedad probada.

Uno de los comentarios más desafortunados de Domínguez es el que ironiza sobre mi remisión del origen del cristianismo español a la llegada de las reliquias del apóstol Santiago; es un tema especialmente trascendental para permitir que se siga tratando sobre él con la misma pertinaz hispanofobia del abate Duchesne, a quien Domínguez parece admirar. Hay hoy pruebas arqueológicas muy firmes de que la tumba que se venera en Santiago de Compostela como relicario de los restos del apóstol se construyó en el siglo I y que desde entonces se conservaban en uno de sus lóculos laterales las reliquias de San Atanasio, cuyo nombre figura escrito en griego en una *fenestella*⁴⁰. Esta reciente confirmación de la presencia en el mausoleo compostelano del nombre griego de uno de los discípulos de Santiago, que se sabía enterrado junto a él por la tradición, reafirma que el culto a los mártires se había instaurado ya en el siglo I y que desde entonces se ha conservado el conocimiento cierto de unos hechos, tenidos por supercherías medievales, que ahora adquieren plena virtualidad histórica.

Expresa Domínguez su escepticismo sobre que los hispanorromanos del siglo V pudieran relacionar la invasión visigoda con la invasión romana. La comparación es tan célebre que no se si alguien, aparte de Domínguez, precisa que se le

³⁹ Th. Hauschild: «Copias y derivados del capitel romano en época visigoda», *Coloquio internacional de Capiteles Corintios Prerrománicos e Islámicos (siglos VI-XII d. C.)*, Madrid, 1990, p. 29 ss., lám. III y IV.

⁴⁰ I. Millán González-Pardo y A. Blanco Freijeiro: «Hallazgo en el mausoleo del apóstol Santiago del título sepulcral griego de su discípulo San Atanasio», *BRAH*, CLXXXVI, 1989, p. 209 ss.

recuerde. Se debe a Orosio, un hispanorromano del siglo V, y dice así en la traducción de Sotomayor⁴¹, que empleo por ser la de uno de los libros que Domínguez pretende haber leído: «Fueron invadidas las Hispanias y padecieron matanzas y devastaciones; nada nuevo, porque durante los dos años en que se ensañó la espada enemiga tuvieron que sufrir de los bárbaros lo que habían sufrido en otro tiempo, durante doscientos años, de los romanos». Conviene que sepa Domínguez, que el gallego Paulo Orosio, pasa por ser un informante muy fidedigno sobre la historia española de aquel momento, ya que él la vivió intensamente, como indígena invadido y perseguido por los bárbaros; la autoridad de Orosio era tan reconocida en su tiempo como para que sus jefes eclesiásticos le enviaran con legaciones a Jerusalén y San Agustín le reclamara a su lado, para que redactara, como apoyo de sus propias obras, la historia de los desastres acaecidos bajo el gobierno de los pueblos paganos, entre los que se incluye el párrafo anterior.

También es de Orosio otra conocidísima frase que ha pasado a todos los textos de Historia de España, y que cito, para disipar las dudas de Domínguez sobre la aceptación de los bárbaros entre los indígenas, empleando una traducción de excelente calidad literaria debida al profesor Blanco Freijeiro⁴²: («los bárbaros) dejan las espadas para empuñar los arados y traban amistad con los hispanos, quienes prefieren una pobre libertad entre bárbaros a soportar el angustioso gravamen de los tributos de Roma.»

Por supuesto, en mis párrafos que Domínguez lee con tanto escepticismo, yo no he hecho sino parafrasear a Orosio y sus traductores, recurriendo, claro está, a tópicos, pero no con el sentido de frases vanas y manidas que le atribuye Domínguez, sino en el de lugares comunes y puntos de coincidencia elementales que se encuentran en toda la historiografía española desde San Isidoro hasta nuestros días.

No me corresponde a mí corregir los dislates de las diversas opiniones que sobre la historia de España expresa Domínguez en su reseña, salvo aquellos que plantea en tono de interrogación y

⁴¹ M. Sotomayor y Muro: *Op. cit.*, p. 335.

⁴² A. Blanco Freijeiro: *La ciudad antigua. Historia de Sevilla, I*, Sevilla, 1979, p. 179.

dirigidos a mí personalmente. Tendré que responderle, aunque el resto de los lectores no precisen aclaraciones tan elementales, que cuando me refiero a la destrucción musulmana de la comarca del Duero, lo hago sobre la base de la conclusión primaria del famoso libro de Sánchez Albornoz, *Despoblación y repoblación del valle del Duero*, Buenos Aires, 1964, no a la provocada por las campañas de Almanzor; es un hecho bien conocido y que hoy se acepta incluso por los que revisan o hacen matizaciones a la despoblación, para entenderla como un fenómeno más complejo de cambio en los sistemas de producción y en la distribución del poblamiento⁴³. La despoblación puede ser interpretada como un cambio de lugares de asentamiento, y, por ello, el hecho más claro sigue siendo el de la destrucción y abandono de las grandes poblaciones, que obliga al llamamiento de gentes de afuera, y es el fenómeno que interesa en sus repercusiones artísticas. Es ésta la expresión que utilizan los documentos de la época, como el de la donación de Odoario: «...villas destructas de succo mortuorum et de ruda silva...», y que Sánchez Albornoz definía como: «La despoblación del valle del Duero y que se extendió a la zona situada entre el gran río y la cordillera central por los desastres de la permanente guerra contra el moro...»⁴⁴.

⁴³ A. González Blanco: *Op. cit.*, p. 282 ss., con cita amplia de todos los trabajos modernos que revisan las tesis de Sánchez Albornoz.

⁴⁴ C. Sánchez-Albornoz *La España cristiana de los si-*

Igualmente, debo responder, que cuando me refiero a la presencia de moros en Andalucía, no incurro en lapsus de ningún tipo, si no que conscientemente me refiero a los indígenas norteafricanos de piel oscura, que en diversas ocasiones han cruzado el Estrecho para invadir Andalucía; para aclaración de Domínguez traigo aquí la cita de una de las hermosas Veinticinco estampas de la España antigua, de don Antonio García y Bellido⁴⁵: «Advirtamos que “árabes” son las gentes venidas de Arabia y que “musulmán”, o mejor “muslim” alude a una religión, no a un pueblo, al tiempo que “moros” son las gentes del norte de Africa. La voz moro es, pues, más exacta y más antigua para nosotros. Los griegos llamaban ya a los habitantes de Marruecos “moros” (*mauroi*). La región que habitaban era llamada por ellos *Maurusia*, de donde entre los latinos *Mauretania* y *Mauritania*. *Mauros*, en griego, significa negro, oscuro.»

Evito cualquier otra respuesta a cuestiones sobre ideas personales; creo que una discusión de ese tipo nos apartaría de los temas arqueológicos, que son los que pueden reclamar el interés de todos los lectores.

glos VII al XI, vol. I. El reino astur-leonés (722 a 1037). Sociedad, economía, gobierno, cultura y vida. Tomo VII de la Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover Zamora, Madrid, 1980, p. 10.

⁴⁵ A. García y Bellido: *Veinticinco estampas de la España antigua*, Madrid 1967, p. 149.